

OBRA DE DON BOSCO

## Instituto "Santa Catalina"

BRASIL 834

1154 BUENOS AIRES - TEL. 23-6731



**Padre**

**OSCAR EMILIO GUERRA**

(1911 - 1980)

Nació en la Capital Federal, el 25 de abril de 1911. Desde sus primeros años, sintió la influencia de la formación materna, que dejó rastros marcados e indelebles en su vida.

Sus primeros años los pasa en La Pampa (Victorica), donde conoce la obra salesiana, frecuentando el Colegio, desde el año 1924.

Vuelta la familia a Buenos Aires, ingresa en el Colegio "Santa Isabel" (San Isidro). Allí cursando los grados sintió el llamado del Señor para seguir la vocación sacerdotal salesiana. A pesar de su corta edad, encontró el

P. Guillermo Brett, que supo cuidar su formación moral y el llamado del Señor.

En el año 1926 ingresa al Aspirantado de Bernal, donde se prepara para el Noviciado que realiza en la misma Casa el año 1928.

Al año siguiente formula sus votos religiosos y comienza sus estudios de filosofía que alterna con los del Magisterio desde 1929 a 1932, que corona con el título de Maestro Normal.

Su primera actividad salesiana como Maestro y Asistente la desempeña en el Colegio "San Francisco de Sales", desde el año 1933 a 1935.

Finalizado el trienio en la enseñanza, cursó sus estudios de Teología en Villada (Córdoba), ordenándose de sacerdote el 26 de noviembre de 1939.

Con el sacerdocio comienza su actividad salesiana que desarrollará en los siguientes colegios:

Desde 1940 a 1941 en el Colegio "Don Bosco", como Maestro y Capellán de los Exploradores; en 1942 en Santa Rosa (La Pampa).

Vuelve nuevamente al Colegio San Francisco de Sales, como Profesor y allí permanece el año 1943. Desde el año 1944 a 1950, es director de Estudios en el Colegio "Santa Isabel". Desde 1951 a 1955 ocupa idéntico cargo en el Colegio "Santa Catalina", para pasar luego a "Don Bosco" desde 1956 a 1966, desempeñándose como Consejero, Secretario y Rector, para asumir luego la responsabilidad de la Dirección de la Casa desde 1967 a 1972. Finalmente la obediencia lo destinó nuevamente a "Santa Catalina" como Rector de la Iglesia, ocupación que ejerció con cariño y amor hasta los últimos días de su vida.

Está de más decir que siempre tuvo una destacada vocación por la docencia que ejerció con competencia y con verdadero sentido apostólico, volcando en ella las mejores energías de su vida.

Ese fue su "curriculum vitae" en cuanto a las obediencias que recibió, pero él supo infundir un dinamismo todo especial al mecanismo de la realización de los mandatos religiosos.

Hay tres momentos en su vida que demarcan toda su existencia y que hacen su sacerdocio activo y servicial en la consagración a Dios y a las almas.

Primero: El Padre Guerra fue maestro.

Se distinguió por el aprecio a la catequesis y de las ciencias humanistas y de ambas se sirvió para llegar a los jóvenes. Educado en la antigua escuela usaba energía con sus alumnos, rayana en el rigor, pero siempre lo traicionaba su cariño por el alumno y sobre todo por llevarlo no sólo a una formación intelectual y científica, sino y sobre todo a una auténtica formación moral. Supo enseñar con su vida y con su palabra y no se contentó en esto como un hecho esporádico sino que ayudado y sustentado por su constancia, supo rectificar a tiempo y con perseverancia la vida intelectual.

tual de muchos jóvenes y enderezar y mantener la formación moral de todos sus alumnos.

Sabía aprovechar el tiempo para acrecentar continuamente su acervo cultural y su formación sacerdotal.

Dirigió por varios años el Seminario Catequístico "Monseñor Devoto" de esta Capital, repartiendo la divina palabra y compartiendo con sus "formandos", momentos de grata y amena conversación instructiva y evangelizadora.

Su alma vivió para el joven. Como sacerdote fue apóstol; parecía haber hecho del carisma salesiano un cuarto voto en su vida pastoral. Sano o enfermo pensaba en sus jóvenes y bastaba su sola presencia para tranquilizarlos y sentirse inmediatamente atraídos al bien por su palabra y constantes testimonios. Jóvenes hubo que después de muchos años continuaban confesándose con él, teniéndolo como verdadero director espiritual.

Segunda característica de su vida fue el amor hacia el exalumno.

El natural contacto con el alumno salido del Colegio, le hizo trasladar su cariño hacia el joven (y el que no lo era) para seguirlo en los momentos de sus grandes y pequeñas decisiones.

Encargado por los Superiores de los exalumnos en los diversos Colegios, acrecentó luego su preocupación y su trabajo, cuando los Superiores lo encargaron del asesoreamiento espiritual del movimiento de exalumnos de la Inspectoría.

Fue el animador, el coordinador, el consejero y hasta diría el "viento impetuoso" que movía, aconsejaba y ordenaba los movimientos de los centros y en particular de la vida de muchos exalumnos.

En esto se distinguió hasta pocas horas antes de su muerte.

Los llamaba por teléfono, les escribía, los recibía, los confesaba, los visitaba y a todos llevaba sus consejos, revestidos algunas veces de reconvencciones cuando las necesitaban y de palabras de aliento siempre.

La gente que trabajaba de cerca con él, se pasmaba de su actividad arrolladora que pensaba, discutía y realizaba todas las cosas con un cariño, amor y dedicación a la obra que rayaba en lo heroico y sensacional.

Ya en los últimos días de su vida, nunca dejó de dirigir a sus exalumnos, que presurosos y desconsolados iban a visitarlo para atenderlo como profesionales y en todo momento para gozar de su compañía.

Finalmente su apostolado en el amor a las almas encontró otra oportuna salida: la atención de nuestra Iglesia de Santa Catalina, a la cual dedicó sus mejores energías y esfuerzos, mientras atendía a los exalumnos y daba asimismo horas de clase.

Sus predicaciones fueron enfebrorizadas palabras de amor a Jesús Sacramentado y a la Virgen a quienes amaba entrañablemente y cuando su

enfermedad le impidió casi hablar, continuó esforzándose para dar cauce a su celo sacerdotal, a través de su voz apenas perceptible.

Desde varios años atrás padecía de disturbios cardíacos.

En realidad esas primeras molestias habían comenzado ya en el teologado y le acompañaron hasta el final de sus días. A ello se añadió más tarde una penosa afección a las piernas que lo inmovilizó por mucho tiempo y lo obligó a someterse a repetidas y molestas intervenciones quirúrgicas sin poder hallar el alivio que le permitiera recuperar la plenitud de sus fuerzas. Sólo Dios sabe lo que debió sufrir y batallar en su espíritu dinámico con estas enfermedades.

Pero lo que más sobresale en la vida del querido hermano es su ejemplo de una total conformidad a la voluntad divina juntamente con preciosas lecciones de amor y fidelidad a la Congregación, a la que quiso siempre de verdad.

Amante siempre del trabajo y la ocupación continua sabía unirlo a una profunda piedad y vida de unión con Dios. Fue siempre un salesiano generoso, alegre y servicial aun en los momentos en que su enfermedad lo atenaceaba en el lecho del dolor.

Su lecho de enfermo fue un púlpito desde donde predicó repartiendo consejos, palabras y sonrisas a todo el que lo visitaba y le infundía ánimo.

Consciente de sus enfermedades las disimulaba sabiendo contagiar sano optimismo con su espíritu alegre y jovial creando un hábito de simpatía y confianza a su alrededor.

Su cuerpo expuesto en nuestra Iglesia recibió la visita de sus exalumnos, amigos y admiradores que quisieron acompañarlo como un testimonio fehaciente de su reconocimiento.

La misa celebrada por muchos sacerdotes fue escuchada con devoción por una verdadera multitud de personas que llenaron nuestro gran templo. En el cementerio se renovaron las demostraciones del afecto que sentían hacia él.

“A los ojos de los religiosos –dicen las Constituciones renovadas– la muerte no es triste; ella es fuente de esperanza, porque ha llegado el momento de dar a la propia consagración, el remate supremo, participando plenamente en el sacrificio de la Pascua del Señor.”

Nuestro querido hermano ha llevado a cabo esa plena participación concluyendo en la tierra, una vida fecunda entregada al Señor con gratitud por su vocación salesiana sacerdotal.

Vuestro afmo. hermano en Don Bosco,

JUAN G. CRISTIANO  
Director